

Daniela Ramsfelder En Zoom

Por Susana Schnell

Una mañana soleada y tranquila de abril me dispuse a encontrarme con Daniela en su taller. Para llegar decidí viajar en tren. Ir a Retiro es para mí sinónimo de viaje, de vacaciones, una ilusión de descanso. El trayecto en tren fue muy tranquilo; viajaban pocas personas y yo me dediqué a mirar por la ventana. Recordé la charla que había tenido con Daniela hace una semana en la galería La Quimera del Arte. Fue ahí donde nos conocimos. Fue ahí donde me contó por primera vez algo de su vida y de sus comienzos con la pintura. Me habló con nostalgia de cuando era chica y antes de cualquier viaje guardaba en su valija cientos de papeles y pinturas.

El tren llegó a La Lucila. Bajé y caminé entre casas residenciales, bajo un cielo abierto, rodeada por un silencio profundo apenas interrumpido por el canto de algún pájaro. Eran los primeros fríos. ¿Cuál sería la casa de Daniela? me preguntaba jugando. Entonces la descubrí sin necesidad de mirar el papel donde tenía anotada la dirección. Era un edificio de los años 50, ladrillos a la vista, postigones blancos, muy señorial, rodeado de un prolijo y verde jardín con flores de estación. Corroboré con mi papel. Era la casa de Daniela.

Toqué timbre. Apareció una señora que me pidió que esperara unos minutos.

Daniela apareció usando un gorro de lana y un clásico saco azul. Entramos a su casa y yo miré sus manos blancas, cubiertas de anillos y sus orejas con piercings. Subimos una escalera. Pasamos por un corredor y llegamos al taller, donde se vi tondos y platos de arcilla. Parecía un laboratorio alquímico: perchero, guantes, piso cubierto con plástico. Inmaculado. Paradójicamente, me dijo que sus trabajos arrancaban del caos.

Daniela me contó que la serie que estaba exhibiendo en La Quimera del Arte había surgido a partir de uno de sus viajes, a lo largo de una extensa estancia en San Javier, en el valle de Traslasierra en Córdoba. Fue ahí donde ella abandonó el mundo pesado y monstruoso con el cual venía lidiando en su obra anterior y, sumergida en este paisaje montañoso, empezó a sentir curiosidad por la cultura oriental. En sus nuevas obras, comenzó a construir un puente entre Oriente y Occidente con acrílico y esmalte sintético.

Mirando por una ventana de esa estancia en Traslasierra, Daniela enfocó su mirada a modo de zoom para trasladar fragmentos de la naturaleza. Daniela pintó entonces una naturaleza abstracta, construida por tejidos de líneas y manchas, trazos que se cruzan y se separan logrando transmitir una sensación de infinitud que abarca toda la tela. Los paisajes, enmarcados en forma tondo, son recortes del mundo donde la artista hace visible aquello que no todos pueden ver: la historia profunda y lejana de un lugar, las huellas y sus accidentes.

Y ahí estábamos las dos, en su taller esa mañana de abril cuando sonó el teléfono en el cuarto de al lado. Daniela se disculpó y fue a atender. No pude dejar de escuchar; creo que hablaba con una agencia de viajes porque mencionaba fechas y reservas pero lo único que alcancé a escuchar claramente fue lo que dijo al final, un segundo antes de cortar: "No me importa el tamaño de la habitación, lo único que quiero es que tenga una buena vista"